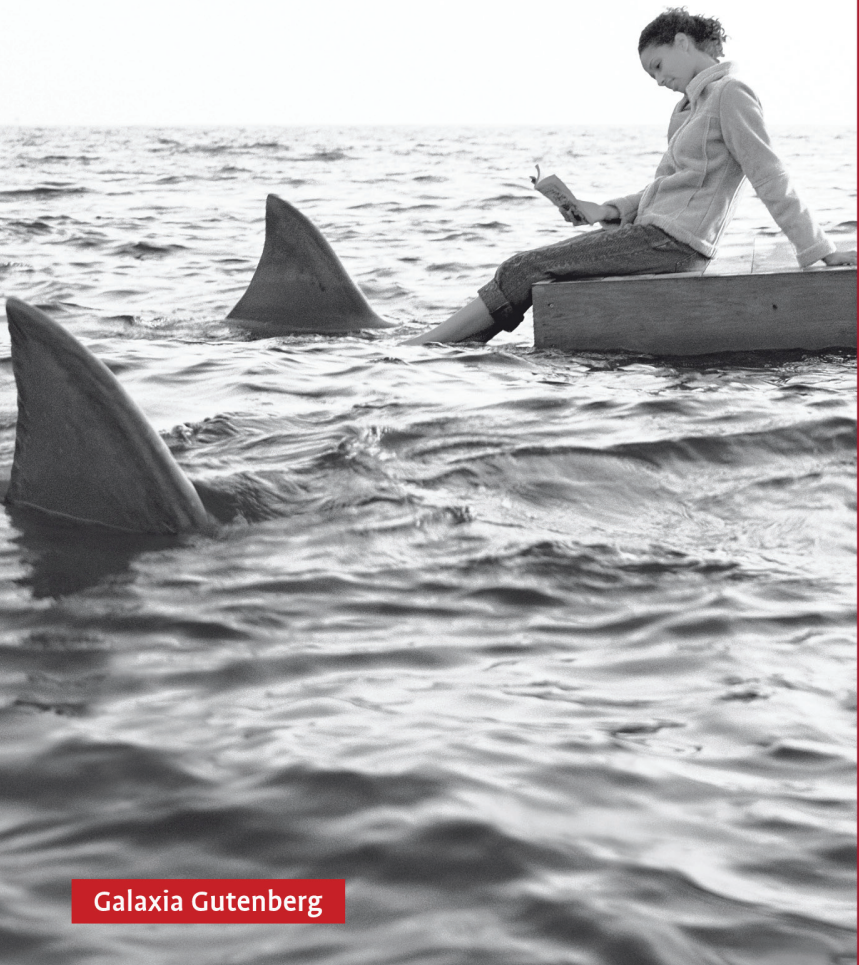
Adolfo García Ortega

Fantasmas del escritor



Galaxia Gutenberg

Adolfo García Ortega

Fantasmas del escritor

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2017

© Adolfo García Ortega, 2017
Procedencia de las ilustraciones: Colección Telefónica © Hereus Arissa, pág. 109;
© Ángel Olgoso, pág. 190
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 15450-2017
ISBN: 978-84-17088-10-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Hipólito G. Navarro

A Gonzalo Suárez

A Hélène Girard

«¿Cuáles son las causas profundas de esta reiterada y al parecer invencible proclividad? Son varias, que operan a veces separadamente y, a veces, en catastrófica combinación.»

Ernesto Sabato

«No hace falta decir que no deberían confundir a los escritores con sacerdotes, pero tampoco deberían confundir a los redactores de guiones cinematográficos con escritores. Los lectores no son lo mismo que los espectadores y la estructura de una novela no es la misma que la estructura de una publicidad de ropa interior. La jerarquía es sin duda una noción molesta, que invoca lo alto y lo bajo, y provoca grandes acusaciones de esnobismo y discriminación. Pero las jerarquías también apuntan al reconocimiento de las diferencias e –inexorablemente– la vida del intelecto es, por fuerza, jerárquica: insiste en que una cosa no es lo mismo que otra.»

Cynthia Ozick

Mapa de este libro

Perdonen si me apropio, con infinito respeto, de la expresión que acuñó Nabokov para decir que el libro que el lector tiene en sus manos se compone de «opiniones contundentes». Responden a reflexiones sobre muy diverso espectro en materia de literatura, cultura y política, siempre abordadas desde lo que podría llamarse el ensayo subjetivo*, es decir, un intento de involucrarme como escritor en las cuestiones que, precisamente en tanto que escritor, me interpelan una y otra vez y ante las que no tengo una postura políticamente correcta, sino más bien algo osada, algo melancólica, incluso algo irónica, y siempre decidida.*

Estos textos se han escrito a lo largo de varios años, no muchos, concretamente a partir de 2012 hasta 2017. Alguno formó parte de artículos que vieron la luz en mis medios habituales, como son El País *o* El Norte de Castilla. *Otros muchos son inéditos. Las partes, realmente breves, que van en cursiva corresponden a anotaciones de carácter personal (es la primera vez que escribo algo directamente así, de connotaciones biográficas) y, por un impulso de pudor, están escritas en tercera persona, como si me viese ajeno a mí mismo y objeto de análisis literario. O quizá salieron así porque siempre me pareció enigmática la máxima de La Rochefoucauld que dice: «A veces uno es tan diferente de sí mismo como de los demás». De nuevo la otredad, esa constante de mis libros.*

Finalmente, creo necesario rendir un homenaje al verdadero inspirador de este Fantasmas del escritor. *No es otro que Ernesto Sabato, cuyo libro de 1979* El escritor y sus

fantasmas *tanto me marcó en mi vida literaria y personal. Su contenido y su estructura, con las divisiones en breves párrafos titulados, más la búsqueda de profundidad para explicitar «esas oscuras motivaciones que llevan a un hombre a escribir», como dice Sabato en su prólogo, han formado parte de mi intención y a él, maestro, se lo reconozco.*

Madrid, junio de 2017

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

LA GOTA DE ÁMBAR

Tanto tiempo y tan poco tiempo. Asisto a una conferencia en la que Gonzalo Suárez habla del tiempo, pero empieza la conferencia por el final, y ya no hay tiempo. Solo le faltó decir (¿o lo dijo?) que así era la vida: levantar la mano y ser cercenada, abrir la boca y enmudecer, hola y adiós con nada en medio. Casi estuvo a punto de marcharse nada más llegar, porque la primera palabra que dijo fue fin. Puede que la segunda fuese gracias.

Pienso entonces que tiempo, mucho tiempo, es lo que media ya entre Gonzalo y yo. Lo conozco y admiro desde hace muchos años, incluso desde mucho antes de conocerlo. Somos amigos, nos queremos. Es el director de cine de algunas de las mejores películas españolas y el escritor español de algunas de las mejores novelas extranjeras, porque su literatura, fuera de todo contexto realista, es digna expresión de otra literatura, quizá de otro país, siempre de otra imaginación; como escritores, lo que nos une a los dos, en cierto modo, es esta paradoja, la de que ambos escribimos en una lengua pero tenemos la concepción literaria de otra distinta. Por eso a veces nos reconocemos como dos islas, dos mundos encapsulados en una gota de ámbar en nuestra cultura hispánica, en la que priman corrientes literarias y artísticas a las que somos ajenos, y viceversa.

Cuando Gonzalo Suárez habla del tiempo, en realidad confiesa que habla de algo que es absurdo. O mejor dicho, veloz. Veloz y flexible hasta la inexistencia. Todo lo que es

hoy, según él, en seguida es ya, inexorablemente, ayer remoto. Todo se precipita hacia el olvido a medida que pasa el tiempo (*tempus fugit!*). Y, sin embargo, hay que atacar, subraya él, quedarse quieto a la defensiva es una renuncia inaceptable. Que pase el tiempo, sí, pero con nosotros combatiendo dentro.

RIMBAUD *TOUJOURS*

En los tiempos que corren, hay que volver a Rimbaud, si es que alguna vez hemos cometido la torpeza de abandonarlo. Amo a Rimbaud. Cuando se es joven, leer a Rimbaud es estimulante, adictivo y literariamente peligroso: hay poetas en los que uno puede quemarse y perecer para siempre, si se acerca demasiado. Decía Gil de Biedma, a este mismo respecto, parafraseando a su maestro inglés W. H. Auden, que un poeta joven debe empezar por imitar a poetas menores, porque si empieza por imitar a los mayores, arderá en su llama. Bien: la poesía de Rimbaud, por tanto, es lectura para encenderse de joven, evitando siempre copiarlo demasiado –aunque me temo que es imposible no hacerlo–; pero también lo es para revigorizarse en todo tiempo y edad. Es un pozo sin fondo, y con el tiempo se ahonda más. Es inmortal *de verdad*. Sus versos provocadores agitan las conciencias cada día más, sus versos oscuros se vuelven más elocuentes, sus extrañas imágenes nos asombran por su vigencia renovada, su palabra germina hoy como la de ningún otro escritor del pasado. Y eso que dejó de escribir a los diecinueve años. Pero entró como un cuchillo hasta el fondo de nuestro corazón. Por eso lo amo.

Cuando, hace unos años, tuve frente a mí el famoso cuadro de Fantin-Latour *Rincón de mesa*, me quedé extasiado mirando a aquel joven Rimbaud, bello, singular, imberbe, que estaba pintado junto a Verlaine y que, sin saberlo, había cambiado el mundo. Lo miraba consciente de que él también me miraba a mí. Sin Rimbaud no habría movimiento 15-M. Pero tal vez no lo sepamos todavía. Es cosa de tiempo.

INTEGRISMO

El politólogo norteamericano Berman ha escrito *La huida de los intelectuales*, un libro razonado sobre la figura del teólogo islámico Tariq Ramadan, icono de los intelectuales progresistas cuando en realidad es un lobo con piel de cordero. Desmenuza Berman el falso discurso de Ramadan y llega a la esencia de su profundo integrismo «como arma sutil y violenta». Pero el problema real que denuncia Berman es la dejación de enfrentamiento, por parte de los intelectuales europeos, a la dialéctica reaccionaria que este teólogo «moderado» está introduciendo en Europa, bajo capa de que un islam incomprendido tiene mucho que aportar. Según Ramadan, la lapidación de mujeres, la *sharia* y los principios político-religiosos de los Hermanos Musulmanes (fundados por su abuelo, cuyas teorías Ramadan maquilla sin descanso) son la base de esa *riqueza* que aún desconocemos. Ramadan es la antítesis de Rimbaud, y muy peligroso.

EL TIEMPO ES CURVO

Adam Zagajewski, el gran poeta polaco, europeo auténtico, que simultanea tiempos, lugares, historias en sus apasionantes ensayos y poemas, me recuerda una idea que leí hace años en un libro de Stephen Hawking, críptico para profanos: el tiempo es curvo. ¿Acaso esa curva completará un círculo y lo pasado será de nuevo presente? Reconozco que me ha dado miedo. Sobre todo porque al pensar en el Tariq Ramadan de hoy he recordado al Goebbels de ayer, *son semblable, son frère*.

CON TODOS USTEDES, NINA SIMONE

Suena *The human touch*. ¿En qué momento volví a escuchar discos de Nina Simone? Hacerlo es dejarse arrastrar por una música y una voz que te interpela: ven, tócame, existo, soy música pero existo como existe una roca. Eso dice la voz de Nina Simone, nombre artísticamente caprichoso de Eunice Waymon, hija de predicador, negra y mujer de una fuerza pasional que llegó hasta el arrebato, el delirio, los excesos y la insoportabilidad. A la política también; militó activamente en las reivindicaciones de los derechos civiles de los negros en los años sesenta. Fue un ángel de la negritud. Fue una diva, una diosa, y un desecho humano. Fue arbitraria y coherente en una misma pieza. Fue violada. Fue despreciada, y luego reclamada y ensalzada. Tocó el piano como ningún blanco y su voz timbrada sube desde una caverna hasta los cielos. No era guapa pero era bella, atractiva, sexual. Era superior. Una pantera en el sentido estricto del término: arañaba, devoraba, desaparecía con su presa. Su mente fue siempre por un camino paralelo a la lucidez y tuvo que ser recluida varias veces. Enloqueció. Perdió a su familia. Su marido la estafó. Viajó a África, fue una mujer libre y feliz en África, fue la amante de un líder de Liberia, fue la amante de un rico de Barbados. Hoy su voz vuelve a escucharse en películas, en obras de teatro, en versiones de otros cantantes. Pero cuando murió el 21 de abril de 2003, en una urbanización convencional cercana a Marsella donde era una vieja loca totalmente paranoica, nadie se acordaba ya de ella. O no querían acordarse: tratarla debió de ser algo bastante desagradable; igual te daba un beso que una bofetada, amaba y odiaba por igual, a gritos. Siempre pedía dinero, porque se había arruinado varias veces y había nacido pobre. ¿En qué momento volví a escuchar discos de Nina Simone? Supongo que me llevó de nuevo a ellos una biografía de Nina que leí hace un año, en un vuelo a Buenos Aires, publicada en 2005 por David Brun-Lambert, *Nina Simone: Une*

vie. Me entristeció mucho su lectura, me apasionó también. Es triste cuando la vida se juega a una carta, todo o nada. Pero jugarse la vida es la característica de los artistas condenados a ser grandes. Su voz llena un mundo de ecos que no vuelven, sus canciones tienen terciopelo y whisky y una gota amarga que se queda en el oído como una súplica. Habría ido a escucharla como un perro fiel cada noche que tocaba en un club de tercera en Atlantic City, cuando la presentaban entonces, como harían siempre, con la sencillez rotunda de «Señoras y señores, con todos ustedes, Nina Simone». Aplausos y fervor.

EL MAGISTERIO DE DOCTOROW

Leo unos cuentos de Doctorow, pero, al hacerlo, de quien me acuerdo es del argentino Guillermo Saccomanno, un escritor de nervio y oscuridad nada complaciente que escribe una prosa sin nada de grasa. Teníamos que dar una charla, a modo de diálogo entre él y yo, en un auditorio de Buenos Aires, y la noche anterior cenamos juntos. Hablamos de todo como amigos, pero, sin pretenderlo, de pronto salió Doctorow en la conversación. Era hablar del hermano mayor, del Profesor. El *gran* Doctorow, un rompehielos literario. Convinimos que éramos diminutos miembros de su estirpe.

De los escritores norteamericanos de esa generación –la anterior a la nuestra–, E. L. Doctorow es mi preferido con creces. Lo prefiero, por ejemplo, a los renombrados Philip Roth o John Updike, de quien, curiosamente, lo que más me interesa es su poesía. Además, le dije a Guillermo, para mí los escritores se dividen entre los que están en la estela de Philip Roth, más famoso (y previsible), y quienes lo estamos en la de Doctorow (siempre sorprendente explorador). Sus novelas son cátedras de narración: *Billy Bathgate*, *Ragtime*, *La gran marcha*, *Homer y Langley*, *El cerebro de Andrew*… Guillermo asiente. Esos escritores se alzan sobre los hombros de otro grande: Henry Roth (nada previsible, nada famoso, descomu-

nal aventurero de la narración). Pero cuando ya llevábamos dos botellas de vino y habíamos empezado a hablar de amores más que de libros, nos pusimos bravos y uno de los dos dijo (o fue al unísono): «¡Amigo, todo es en vano cuando se pronuncia el nombre del Dios verdadero: Faulkner!».

LO QUE HAY QUE PEDIRLE A UN ESCRITOR

Encuentro en Proust este párrafo (gran traducción de Carlos Manzano) como si se hubiera escrito hoy mismo: «En una época como la nuestra, en la que la complejidad cada vez mayor de la vida apenas deja tiempo para leer, en la que el mapa de Europa ha sufrido modificaciones profundas y está en vísperas de sufrir otras aún mayores tal vez, en la que se plantean por doquier tantos problemas amenazadores y nuevos, convendrán ustedes conmigo en que tenemos derecho a pedir a un escritor que no sea simplemente un hombre culto capaz de hacernos olvidar con consideraciones ociosas y bizantinas sobre méritos puramente formales la posibilidad de vernos invadidos de un instante a otro por una doble ola de bárbaros: los de fuera y los de dentro».

LOS CÓMICS DE SETH

Hace años que la novela gráfica (también llamada «cómic», pero sin duda lejos de ser solo un «tebeo») ha venido entrando en mi biblioteca para quedarse por derecho propio. Hay verdaderas maravillas en ese género que reúne en sí algo de arte, algo de cine y algo de literatura. Hay cómics superiores a novelas y cómics que son novelas o películas puras; cómics que no necesitan palabras para contar una historia (véase el asombrosamente bello *Emigrantes*, de Shaun Tan); incluso cómics que alcanzan cotas narrativas que algunos escritores aspiran a lograr sin lograrlo jamás. No exagero si digo que los cómics de Cathy Malkasian (*Percy Gloom* o *Templanza*)

tienen una dimensión kafkiana que habría fascinado al propio Kafka. O que la mejor variante actual, más imaginativa y perversa (por no decir saludablemente gamberra), de los cuentos de hadas es el *Pinocchio* de Winshluss. O que el ya clásico *Maus*, de Spiegelman, un cómic en blanco y negro sobre gatos y ratones, es el mejor relato-documento-testimonio sobre Auschwitz que se ha publicado.

Pero de todos, mis preferidos son los cómics-*novellas* del canadiense Seth, seudónimo de Gregory Gallant. Extraordinario, magistral, único. En España pueden encontrarse *Ventiladores Clyde*, *La vida es buena si no te rindes* o sus obras maestras *George Sprott 1894-1975* y *Wimbledon Green*. Poseen un magnetismo que recuerda a las construcciones narrativas de Perec. Además, absorben, porque siempre parten de una investigación, con diversas perspectivas, de la que el lector es cómplice. De pronto, el relato, a priori banal, se convierte en una aventura poliédrica deslumbrante, con historias dentro de otras historias que llegan a conmover. Lo increíble de las novelas gráficas es que, por mucho que se recomienden, solo cuando se abren y se admiran se descubre el nuevo mundo que son. Además, desintoxican.

MADAME ANNIE ERNAUX

Tengo muy presente un insólito libro que leí hace ya varios años, y al hacerlo recupero la ambigua sensación, algo morbosa, de la envidia. Se titula *L'usage de la photo*. El título, de primeras, confunde, es equívoco; aunque luego, cuando se lee el libro, encaja como un guante. Es un libro más bien testimonial, casi privado, aunque si fuera totalmente ficticio, eso no le restaría ni un ápice de su capacidad sugestiva. Es un libro escrito a cuatro manos entre la gran escritora francesa Annie Ernaux y Marc Marie, su amante.

El caso es el siguiente: con sesenta y tres años, Annie Ernaux conoció a un tal Marc Marie, tuvo con él una relación amorosa, pasional, que pasó a ser extremadamente sexual

sin perder la delicadeza más sensible y lúdica. Tuvo esa relación al mismo tiempo que se le declaraba un cáncer de pecho contra el que tuvo que combatir, quimioterapia y calvicie mediantes. Fue una relación furiosa en lo sexual y sutil en lo amoroso, pero siempre libre. Tal vez porque la vida y la muerte mezclaron sus sombras a la vez en esa época, apenas un año, entre las primaveras de 2003 y 2004.

Marc Marie era algo más joven que Annie Ernaux. Asumió la dura situación de la mujer que acababa de conocer. Apostó por la vida. Vivieron su amor en hoteles, en casas, en despachos, en todo tipo de lugares y de fechas (incluso el día de Navidad). La única condición era afrontar aquella historia desde la verdad, durase lo que durase. Y decidieron hacer siempre una foto a sus ropas, tiradas, dejadas por el suelo, confundidas según se desvestían llevados por la pasión. Cada foto testimonia un lugar, cada prenda arrebujada y sin contexto ubica un encuentro amoroso. La ropa de los amantes induce pero no muestra. La ropa de los amantes sin los amantes: el rastro, el escenario, la huella. Es nuestra mente la que compone lo que no se ve, lo que se sabe y se desea.

Decidieron publicar esas fotos con textos alternados, unos de ella, otros de él, relatando cada uno a su modo aquel amor y aquella lucha del cuerpo contra el cáncer. Vencieron ambos, el amor y el cuerpo. El relato de ella es natural, verdadero. El de él, que no es escritor, es meritorio, ingenuo. Es uno de los libros más veraces que conozco sobre la intimidad, sobre la pasión real, insospechada y sexual. He admirado siempre esa valentía de Annie Ernaux y Marc Marie, su invitación a dejarnos entrar en el espacio de esa ropa arrugada, desordenada por el suelo, en el límite de la voluptuosidad.

NABOKOV

Nabokov nunca se acaba, aunque a veces satura. Y entonces conviene, tras el atracón, dejarlo descansar, distanciarse de él una temporada. Luego se recupera y se descubre de nuevo

como si nunca lo hubiésemos leído. Surgen en ese momento las sorpresas, los tesoros ocultos. Eso me ha ocurrido con *Ada o el ardor*, un libro-artefacto al que vuelvo a veces para tratar de comprenderlo en toda su extensión y siempre se me escapa.

Quien venga de leer *Lolita* –novela fascinante, compleja, inimitable– no debería caer en *Ada o el ardor*, al menos inmediatamente. Se decepcionará. *Ada…* es un mundo selvático que requiere tiempo, mapas, guías, vacíos mentales, una gran capacidad de trabajo como lector (una exigencia de la que siempre advierte Nabokov) y sobre todo el mismo aprecio por la libertad que demuestra su autor. Esta novela rotunda y ligera a la vez está a la altura de los juegos de Joyce y de la morosidad de Proust. Es erótica hasta extremos de un refinamiento gozoso, pero también es política, y es fantástica, y es satírica, y es filosófica, pero sobre todo es, en definitiva, sumamente extravagante.

Parece escrita sin una meta, solo por el placer de la escritura, y destinada al placer de la lectura. Nunca una novela ha sido más un viaje a ninguna parte. En ella, estamos en medio de un territorio suspendido en la palabra, ni siquiera en una geografía, y navega por el caprichoso azar de una relación amorosa (y formativa, infantil, caótica) entre Van Veen, Ada y sus respectivos mundos clausurados. Al término de la novela, cuya peripecia no hay que empeñarse en seguir porque en realidad equivale a caer en una trampa (la del sentido), uno despierta de un encantamiento. ¿Dónde he estado? ¡Qué importa! Solo la ficción hace propuestas, remite una y otra vez al juego entre poseedor y poseído. Y Nabokov posee.

LOLA

Mujeres que no se esperan. Leer *Ada o el ardor* me ha llevado, de paso, al apasionante viaje exploratorio de lo femenino (juraría que ese es el mayor desafío literario de Nabokov). Para un hombre es un viaje en sí mismo, quizá el

viaje de toda su vida. Al hilo de esto, vuelvo a ver la primera película de Jacques Demy, *Lola* (1960). La película de Demy se convirtió hace años en una de mis películas favoritas. Es hipnótica, fetichista, imperfecta, volcánica, identificativa. En ella, uno no puede evitar enamorarse de Anouk Aimée (Lola, la cabaretera-prostituta-madre-tierna-soñadora), pero tampoco de la adolescente Cécile y de su madre, esa viuda sofisticada y elegante, incluso de la locuaz pintora, ya mayor y malévola, o de las otras mujeres del cabaret de Lola, las cuales, con el somero apunte que de ellas hace el director, dejan entrever un abismo de matices en el que perderse. Hay ríos profundos –femeninos– que unen esa película de Demy y la novela de Nabokov. Ríos por los que navegar.

LA MUJER QUE ESCRIBÍA NOVELAS DEL OESTE

Otra mujer inesperada: Dorothy M. Johnson. Esta escritora de Iowa, que nació en 1905 y falleció en 1984, quizá no sea un nombre reconocible, pero si se dice que es la autora de los relatos del Oeste sobre los que se han hecho algunos de los mejores wésterns del cine, uno abre los ojos como platos. *El árbol del ahorcado*, *El hombre que mató a Liberty Valance*, *Un hombre llamado Caballo* son algunos de sus títulos (reunidos en *Indian Country*). Fue una escritora de género, muy popular y admirada. Sus historias y cuentos poseen una eficacia narrativa demoledora, que recuerda a Hemingway o a Steinbeck. Fue muy apreciada por los indios. Eso ya quiere decir algo.

AUTORRETRATO, 1

No se conforma, pero su entorno está ya conformado. Esta es la clave de todo.

*